EL TEATRO
Y LA
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

ARTE Y CORAZON

COMEDIA EN UN ACTO Y ESCRITA EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSE DE FUENTES

Y

JOAQUIN ARJONA Y LAINEZ



MADRID
DON FLORENCIO FISCOWICH
Y DON EDUARDO HIDALGO, EDITORES
Oficinas: Pozas, 2, 2.°, y Sevilla, 14, pral.
1883

ARTE Y CORAZON.

ARTE Y CORAZON

COMEDIA EN UN ACTO Y ESCRITA EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ DE FUENTES

Y

JOAQUIN ARJONA Y LAINEZ

Representada en el TEATRO DE APOLO la noche del 19 de Febrero de 1879, á beneficio de la primera actriz Srta. Contreras.

SEGUNDA EDICION

MADRID: 1883
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1

PERSONAJES.	ACTORES.
MERCEDES.........	SRTA. D.ª ANTONIA CONTRERAS.
ANTONIO..........	SR. D. ANTONIO VICO.
ROBERTO.........	» » JOSÉ LUNA.
SANTIAGO........	» » JOSÉ ALISEDO.
ARTURO...........	» » JOSÉ GONZALEZ.

La escena en Madrid.—Época actual.

ACTO ÚNICO.

ESCENA PRIMERA.

Gabinete elegantemente amueblado en casa de Roberto. Al levantarse el telon, Santiago aparece sentado, escribiendo en la mesa de despacho de Roberto, la que estará cargada de papeles y libros.

SANTIAGO, solo.

«Tu Santiago...» Ya está... Vaya una carta escrita con gracia y con sandunga. Hice mi suerte viniendo á servir como mayordomo á don Roberto Suarez, autor de dramas y comedias... y creo que hasta de romances, aunque de esto no estoy seguro—pero un sujeto de su talento es capaz de todo! Gracias á él y á sus libros, escribo cada carta á mi Ruperta, que ya se puede leer, y eso que mi letra es mala, porque yo aunque gallego tengo talento, y para rendir el corazon de mi Lucrecia Borgia y obligarle... á que pague en el café, copio en mis enamoradas cartas, versos de los libros del señor... y que trastornan á mi adorada, porque hasta ahora puedo decirlo con

verdad, no ha dejado de pagar un dia siquiera... Anoche andaba rehácia, pero la carta de hoy... como soy Santiago que ha de conmocionarla. Dice así: (Lee.) «Irresistible Ruperta de mis antojos:

Tierna esperanza, por quien deliro;
cándida rosa, fúlgida estrella,
sé compasiva, y oye el suspiro
de mi querella.
Fuera imposible verte y no amarte;
que tu belleza cautiva el alma...
por eso ay! triste! niña al mirarte
perdí la calma.
De mi desgracia compadecida
deja que mi alma siga tu huella
y no te burles, sol de mi vida,
de mi querella.

Y además te espero esta noche, despues que el señor se haya ido al teatro, en el café de Pombo para que me convides á lo mismo. Tuyo hasta la muerte. Santiago...» Qué tal? Nada, en cuanto la reciba... ya lo tengo dicho... (Viendo entrar á Roberto.) El amo!... Seamos cautos! Misterio y leche merengada.

ESCENA II.

DICHOS.—ROBERTO, foro.

ROB. (Paseándose agitado.) Reniego del teatro y de las actrices!

SANT. (Viene calamitoso!)

ROB. Qué Mercedes!... Qué Mercedes!

SANT. (Si me aprovechara de su distraccion para llevar la carta...)

ROB. Es torpeza... ó mala voluntad?

SANT. (Acercándose á Roberto.) Señor...

ROB. Lo cierto es que no ha podido decir peor su papel! (Campanillazo.) Están llamando! (A Santiago.)

SANT. (Sin moverse.) Sí, señor!

ROB. Y qué hago?... Si sigue así... (Llama á Santiago.) No oyes que llaman?

SANT. (Idem.) Sí oigo, señor!

ROB. La noche de la representacion mata la comedia... (Llaman con suma fuerza.) Qué atrocidad!... Van á romper la campanilla!

SANT. Puede, señor! (Idem.)

ROB. Y oyes llamar, y te estás ahí con esa calma?...

SANT. Diré á usted, señor... queria incomodarle...

ROB. Eh! Vete al diablo!

SANT. Bien, señor! (Siguen llamando.)

ROB. Y de camino abre la puerta!

SANT. Bien, señor!... (Está intransitable... Me tomaré el permiso y será mejor!) (Llaman.)

ROB. Aún estás aquí?... Corre... si no quieres que te haga yo volar!

SANT. (Sonriendo con estupidez.) Con las álas del Himeneo...

ROB. Bárbaro!

SANT. (Idem.) Es un decir, señor! (Vase, foro.)

ESCENA III.

ROBERTO, luego ARTURO, foro, con un ramo.

ROB. Decididamente no puedo dejar su papel á Mercedes. Silbarian la comedia.

ART. (Entrando agitado.) Felices, Roberto!... Dime, crees tú que sea yo uno de esos imbéciles que se dejan engañar?

ROB. En cuanto á lo de dejarte engañar, lo ignoro: réspecto á lo de imbécil... (Estoy seguro.)

ART. Pues sábelo, amigo mio... á mí nadie me la pega!

ROB. Y qué me importa?...

ART. Es que...

ROB. Ah!... Me alegro que hayas venido!

ART. Se conoce, cuando me tienes media hora llamando á tu puerta.

ROB. Tengo que darte un millon de gracias!

ART. A mí?

ROB. Cuando me aconsejaste que diera á Mercedes el primer papel en mi comedia, tuviste una idea... como tuya.

ART. Ya lo creo... excelente.

ROB. Disparatada!... Por fortuna, aún puede deshacerse lo hecho, y voy á retirarle el papel.

ART. Bah! (Furioso.) Cuando te digo que á mí nadie me la pega!

ROB. Pero...

ART. Es inútil que trates de fingir... lo sé todo.

ROB. Y qué es lo que sabes?... Porque me admira que tú puedas saber algo.

ART. (Exasperado.) Te digo que á mí nadie...

ROB. Te la pega... Ya lo he oido.

ART. (Enseñándole el ramo que habrá tenido oculto.) Ves esto? Parece imposible.

ROB. No, parece un ramo.

ART. Digo que parece imposible que se pueda fingir de ese modo.

ROB. Bah! Déjame en paz!

ART. Negarás que has enviado este ramo á Mercedes?

ROB. Arturo, por Dios! no seas tonto. Ya no estoy en edad de lindezas. Soy viejo.

ART. Viejo, viejo. No eres jóven, no. Pero á tu edad, otros...

ROB. Otros son imbéciles y yo no. Y á propósito, para enviarle ramitos estoy ahora Precisamente iba á escribirle cuando tú has llegado.

ART. Sí, eh?... Como que habrás creido que soy otro bobo de Coria.

ROB. (Impaciente.) Otro?... No.

ART. Es claro... Habrás dicho, finjo que estoy á matar con ella, y luego... pero te repito...

ROB. No seas pesado. Vuelvo á decirte que no he sido yo.

ART. Palabra de honor?

ROB. Palabra de honor.

ART. Corriente. Yo averiguaré quién ha sido. Voy á preguntar á todas las floristas de Madrid...

ROB. Sí, hijo... corre... no te detengas.

ART. Sí que correré y no he de parar hasta saber quién es el autor del regalo.

ROB. Y harás bien.

ART. Hasta luego. Ya lo sabes, á mí nadie...

ROB. (Empujándole en la puerta del foro, que se cierra al salir Arturo.) Anda al infierno.

ESCENA IV.

ROBERTO, solo.

A mí nadie me la pega... Dicho así por él, todos lo ponen en duda... y hacen bien; si dijera «nadie deja de pegármela...» todo el mundo lo creeria... y haria mejor!... Decididamente voy á escribir á Mercedes. (Se sienta á la mesa y escribe.) «Mi buena amiga...» Hum! Esto de llamarla buena amiga cuando trato de... Diantre! No es tan fácil como yo creia... (Llaman á la puerta del foro.) Han llamado... Adelante!

ESCENA V.

DICHO.—ANTONIO, foro, con unos papeles.

ANT. Buenas tardes, don Roberto.

ROB. Hola!... Es usted, Antonio?

ANT. Sí, señor... pero veo que está usted ocupado, y tal vez le incomode...

ROB. No tal... entre usted!

ANT. Aquí le traigo á usted su comedia... la he copiado toda menos la última escena, que aún no habia usted concluido.

ROB. Ya lo está... Tómela usted... (Dándole una cuartilla que toma de encima de una mesa.—Antonio le da el manuscrito, que Roberto hojea.) Tengo que hacer algunas correcciones...

ANT. Me la llevo á casa?

ROB. No hay necesidad... es muy corta... aquí mismo podria usted copiarla... es cuestion de diez minutos.

ANT. Entiende usted mi letra?

ROB. Ya lo creo... Es muy clara y muy...

ANT. Sí; dice usted eso por no entristecerme... Demasiado sé que es por escesiva bondad para conmigo, por lo que me da usted á copiar sus obras.

ROB. No lo crea usted... al contrario!

ANT. A no ser por usted... me hubiera muerto de hambre!

ROB. Bah!

ANT. Sí señor! Nunca olvidaré la noche en que me encontró usted casi desmayado á la puerta del teatro.

ROB. Es verdad... pero en la de los actores... Qué diantres hacia usted allí?

ANT. Qué hacia?... Esperar!

ROB. Esperar?... A quién?

ANT. A... á nadie. Sólo la casualidad me hacia esperar allí... Apenas podia andar... Oh! Bien sabe Dios que no deseo más que una ocasion en que poderle demostrar que no soy ingrato!

ROB. Bah! No hablemos de eso! (Pausa corta.)

ANT. Es muy bonita la comedia de usted.

ROB. Si, eh?

ANT. Ya lo creo! Me he permitido leerla despues de copiada... Acaso he hecho mal?

ROB. No á fé!

ANT. Es muy bonita!... Hay una escena, sobre todo... que me ha hecho llorar!

ROB. Sí?... Cuál?

ANT. Aquella en que el padre encuentra á su hija.

ROB. (Precisamente la que Mercedes destroza!)

ANT. Está muy bien escrita!... El padre dice lo que debe decirse en un caso así... Créame usted, si yo me encontrase en una situacion como esa, me parece que diria las mismas palabras.

ROB. Ese es el mejor elogio que se puede hacer.

ANT. He leido y releido esa escena... lo ménos diez veces! Estoy seguro que la sé de memoria.

ROB. De veras?

ANT. Sí señor.

ROB. Bravo!...

ANT. Esta escena necesita que la digan muy bien... Pero sobre todo la dama!

ROB. (Precisamente...)

ANT. La dama no tiene que decir más que una frase, peró esa tiene que ser un grito del corazon: «Padre mio!» Estoy seguro que el éxito ha de depender del modo de decirla.

ROB. Sí, sí; tiene usted razon y no vacilo más... (Escribe.) «Mi buena amiga Mercedes, es de todo punto imposible...»

ANT. Mercedes?... Ha dicho usted Mercedes...

ROB. Sí, la actriz á quien habia dado el papel de la hija, y á la que escribo para retirárselo.

ANT. Para retirárselo!

ROB. Usted es quien me ha decidido...

ANT. Yo?... He sido yo quien... (Suplicante.) No... no la escriba usted!

ROB. Cómo?

ANT. Quitarla el papel y repartírselo como es consiguiente á otra... darle un disgusto así... No... no, no la escriba usted... Pero, por qué quiere usted retirárselo?

ROB. Toma! Porque lo hace detestablemente!

ANT. Pobrecilla! Hay afectos que ella tal vez desconoce. No sabe decir «padre mio!» Desdichada!... Acaso nunca lo haya dicho.

ROB. Qué agitacion!

ANT. No, no la escriba usted... Si le quitase usted ese papel... creo que yo... llegaria á aborrecerle!... Sí, saber que la ha dado usted un disgusto... y por mi causa! Me volveria loco... me moriria de pena!...

ROB. (Con extrañeza.) Cómo?

ANT. No... no me haga usted caso... No sé lo que digo. Mi cabeza no está muy sana y... peró prométame usted no quitarle su papel... yo le aseguro á usted que ha de hacerlo bien!...

ROB. Pero...

ANT. Explíquesele usted!... Si yo pudiera hablarla!... Explíqueselo usted... y se convencerá... Tiene talento... inteligencia... no, no la conoce usted bien cuando desconfia de ella!

ROB. (Qué entusiasmo más extraño!)

ANT. Silencio!... Alguien viene... (Alegre.) Es ella.

ROB. Ella?... Cómo sabe usted?...
ANT. Sí, es ella... no me equivoco, no... es ella.
ROB. (Cosa más particular!)
ANT. Es ella. (Aparece Mercedes por el foro.) Lo vé usted?

ESCENA VI.

DICHOS.—MERCEDES, por el foro.

MERC. Qué dirán de mí, Roberto, los que me hayan visto entrar en su casa?
ROB. Los maldicientes, mucho: los envidiosos algo: las personas sensatas, nada.
MERC. Esta última parte me tranquiliza.
ROB. Cuánto lo celebro!
MERC. Querrá usted hacerme un favor?
ROB. Señorita!... Mándeme usted.
MERC. Acabo de ver á mi modista, que vive en esta misma casa, y no acierta en los trajes que para la comedia de usted tiene que hacerme. De fijo tendrá usted algun figurin de la época que puede prestarme...
ROB. Creo que sí...
MERC. Démelo usted pronto.
ROB. Tanta prisa corre?
MERC. Muchísima... (Observando que Roberto rompe un papel.) Qué papel es ese que rompe usted con intencion tan dramática?
ROB. Una carta que empezaba á escribir para usted.
MERC. Y decia?
ROB. Que le retiraba el papel que dí á usted en mi comedia.
ANT. (Aparte á Roberto.) Por piedad!
MERC. Me gusta. Y entonces, por qué lo ha roto usted?
ROB. Porque me lo han suplicado.
MERC. Calle; y quién?
ROB. Este caballero.
MERC. Ah! usted?... Creo que no es esta la primer vez que tengo el gusto de verle.
ANT. (Muy conmovido.) En el teatro, tal vez...

MERC. Sí, en el teatro... Al menos creo recordar...
ANT. Es muy posible... que...
MERC. Pero, qué tiene usted?... Se siente usted malo?
ANT. No... no... es que... la verdad... no esperaba... no creia... como es la primera vez que me habla usted.
MERC. Ah! es mi voz la que?...
ANT. Sí... es decir... no sé... no es nada.
MERC. (Pobre hombre!) (Con emocion.)
ROB. Quiere usted ir á copiar estas cuartillas?
ANT. Ahora?
ROB. Es claro.
ANT. Cómo?... usted quiere?
ROB. (Parece que le disgusta marcharse... cosa más extraña!)
MERC. (A Antonio.) Adios, amigo mio... y crea usted que le agradezco en el alma el interés que se ha tomado por mí. (Dándole la mano.)
ANT. Ah!... señorita... (Roberto con alegría.) voy á copiar la última escena.
ROB. (Esa emocion!... yo haré que me descifre ese enigma.)
ANT. (Aparte al marcharse.) La he visto, me ha hablado. Ha tenido lástima de mí! Ah! noble corazon!

ESCENA VII.

MERCEDES.—ROBERTO.

MERC. Quién es ese hombre?
ROB. Un copista... viene aquí muy á menudo... Por cierto que le ha causado usted un efecto extraño.
MERC. Con que es decir que, á no ser por ese pobre hombre, hubiera recibido la infausta nueva.
ROB. Tal vez antes de enviársela hubiera cambiado de opinion.
MERC. Decididamente no sabe usted lo que quiere.
ROB. Podrá ser; pero convendrá usted conmigo en

que hoy en el ensayo no ha podido usted estar...

MERC. Peor?

ROB. Yo no lo he dicho.

MERC. Nadie más que usted tiene la culpa. Me hace usted representar una comedia... tonta. Un padre que encuentra á su hija al cabo de no sé cuántos años de buscarla... Y además en los dichosos tiempos de Felipe III; y siempre hablando de los fueros de Aragon... vaya, el asunto no es nuevo.

ROB. Y qué importa que el asunto no lo sea, si las situaciones lo son?

MERC. Es verdad, convencer á un autor de la poca bondad de su obra, es empresa imposible.

ROB. Diga usted que juegan en ella sentimientos y afectos. .

MERC. Que yo no sé expresar, porque los desconozco... Tiene usted razon; pero eso, quién puede remediarlo?... En cambio me están haciendo un traje lindísimo para estrenarlo en su obra.

ROB. Agradeceria á usted más que aprendiese su papel, porque lo que es hoy no sabia usted una palabra.

MERC. Nada tiene de extraño... no habiéndolo estudiado.

ROB. La razon me convence, pero no me satisface.

MERC. Además, tenia un humor insoportable!... Esta mañana he recibido un ramo... no sé de quién, y Arturo está furioso.

ROB. Ya lo he visto... Aquí estuvo hace poco, empeñado en que era yo quien se lo habia enviado.

MERC. Y...

ROB. Aunque con trabajo, pude convencerle de que estaba equivocado.

MERC. De veras?

ROB. De veras! Se marchó diciendo que iba á preguntar una por una á todas las floristas de Madrid, hasta averiguar el nombre del autor de esa galantería.

MERC. A ese chico le falta algo!... Siempre con su manía de que á él nadie se la pega... Sin embargo,

tengo curiosidad de saber quién es el que se ha permitido...

ROB. Para qué?

MERC. Hablo de curiosidad, soy mujer, y aún pregunta usted para qué... cuidado que está usted hoy...

ROB. Torpe!

MERC. Yo no lo he dicho... Pero vamos al asunto. Esta mañana picó usted mi amor propio en el ensayo, y me decido á no salir de aquí sin saber mi papel.

ROB. Diantre!

MERC. Fátuo! He querido decir, sin comprenderlo.

ROB. Esa idea me reconcilia con usted!

MERC. Sí?... Respira, corazon!

ROB. Burlona!

MERC. Nos ocuparemos sobre todo de la escena del reconocimiento... Confieso á usted que no la comprendo.

ROB. Bah!

MERC. Tanto es así que cuando tengo que decir «padre mio» me dán unas ganas de reir... atroces!

ROB. (Inquieto.) Sí?

MERC. Tranquilícese usted... La noche del estreno, haré todo lo posible por llorar.

ROB. Sí, procure usted...

MERC. Ah! Ante todo, tenga usted la bondad de enviar á mi casa por mi papel.

ROB. Cómo? No sabe usted una palabra y se vá usted sin él al ensayo?

MERC. Es que en el ensayo debo hacer... como que lo sé.

ROB. Es usted inexplicable! Voy á enviar á su casa... (Llamando.) Santiago! Santiago!... Dónde diablos estará ese imbécil? Santiago!

ESCENA VIII.

DICHOS.—ANTONIO, foro.

ANT. Santiago ha salido.

ROB. Cómo?

ANT. Segun me dijo, iba á llevar una carta... (Sonriendo.) Suya!

ROB. Y sin mi permiso... Bah! Tendré que despedirle.

MERC. Por qué?... Porque despacha su correspondencia?... Seria una arbitrariedad!

ANT. Yo ya he concluido de copiar... Si lo que tiene usted que mandarle puedo yo hacerlo...

MERC. Sí; es un favor que quisiera que usted me hiciese...

ANT. Un favor... á usted? Con sumo placer...

MERC. Ir á mi casa y decir que le den mi papel en la comedia del señor.

ANT. Voy al instante!

ROB. Pero...

MERC. No le he dado á usted las señas de mi casa.

ANT. Es inútil... Las sé.

MERC. Cómo? Sabe usted?...

ANT. Sí señora... un dia por casualidad... se las oí al avisador... Vuelvo... vuelvo al instante! (Mutis foro.)

ESCENA IX.

MERCEDES.—ROBERTO.

MERC. Cómo puede saber?... Y esa cara no me es desconocida... Sabe usted que es muy extraño todo esto?

ROB. Antes, cuando le habló usted, creí que iba á ponerse malo!

MERC. Sí, ya observé su turbacion... pero no me explico...

ROB. (Sonriendo.) A no ser que esté enamorado de usted...

MERC. Qué locura!

ROB. Quién sabe?

MERC. Ocupémonos de nuestro ensayo... aunque nada podemos adelantar sin Ramirez, que hace el papel del padre.

ROB. Tiene usted razon, y voy á ponerle dos letras...

MERC. Ramirez es muy orgulloso, y si le escribe usted no vendrá. Mejor seria que fuese usted mismo á buscarle.

ROB. Y ahora, dónde?

MERC. Hasta las cinco suelen estar en el teatro

ROB. (Mirando el reloj.) Y son las cinco ménos diez.

MERC. Pues no hay que perder tiempo. Ah! mi modista que estará esperando el figurin que he de llevarle. Démele Vd.

ROB. No sé si le hallaré.

MERC. Ay qué calmoso!.. Vamos.

ROB. (Acercándose á la mesa y revolviendo papeles.) Aquí está.

MERC. (Tomando el figurin.) Bendito Dios!

ROB. Hasta luego! (Al salir tropieza con Arturo que le detiene.)

MERC. (Al ver á Arturo.) Arturo aquí!

ESCENA X.

DICHOS.—ARTURO, con el ramo.

ART. Antes, dos palabras!

ROB. Luego... ahora voy de prisa!

ART. (Sin soltarle.) Negarás aun que has sido tú quien ha enviado el ramo?

ROB. Sí que lo niego... pero suéltame!

ART. Pues yo afirmo que has sido tú... estoy seguro... tengo pruebas!

ROB. Sí?... Me alegraré verlas... pero luego!

ART. No... ahora!

ROB. Ahora te repito que no es posible!

ART. Pues lo será, mal que te pese... A mí nadie me...

ROB. Me alegro mucho!... Adios! (Le da un empellon y se deshace de él haciendo correr á Arturo hasta cerca del proscenio.)

ESCENA XI.

MERCEDES.—ARTURO.

ART. Canario!... Si esperas convencerme con argumentos de esta naturaleza... Sin embargo, á mí nadie me la pega y... (Viendo á Mercedes.) Pero, qué miro? usted en esta casa?

MERC. No me habia usted visto hasta ahora?

ART. Respóndame usted, señora! Qué viene usted á hacer aquí?

MERC. Vengo á ensayar mi papel.

ART. Su papel!... Un papel que Roberto acaba de retirarle! Extraño mucho, señora, que conociendo mi perspicacia, me hagan ustedes el poco favor de suponer que yo me dejo engañar tan fácilmente.

MERC. Está usted hoy tan ridículo con sus injustificados celos, que, créalo usted, una sola palabra más sobre ese asunto, y llegará usted á serme insoportable!

ART. Más fácil es decir eso, que justificar su conducta... Bien es verdad que esto no habia de serle á usted fácil... Tengo pruebas que acreditan que el ramo le fué á usted entregado por Roberto.

MERC. Pues las pruebas mienten!

ART. Este ramo fué comprado esta mañana á las diez ménos cuarto, y en la Plaza de Santa Ana, por un hombre cuyas señas concuerdan perfectamente con las del copista de Roberto.

MERC. Las del copista?

ART. Se turba usted?... Luego tengo razon! Cuando digo que á mí nadie me...

MERC. Pero eso no prueba que haya sido Roberto...

ART. (Sorna.) No, si quiere usted será su cómplice, que con sus ahorros de emborronar papel á real el pliego, la obsequia á usted sin conocerla, con un ramo tan caro!

MERC. Y no puede haber en Madrid dos personas que tengan las mismas señas?

ART. Tal vez... pero (Viendo entrar á Antonio.) precisamente podemos saber ahora á qué atenernos.

ESCENA XII.

DICHOS.—ANTONIO.

ANT. Aquí tiene usted su papel, señorita... (Dándoselo.)

ART. (A Antonio.) Conoce usted este ramo?

ANT. El que yo compré esta mañana.

ART. (A Mercedes.) Eh? Qué tal? Cuando digo que á mí nadie me...

MERC. Y bien, supongamos que ese ramo me ha sido enviado por Roberto: qué de particular ve usted en ello?

ANT. No ha sido don Roberto, señora, quien me encargó que le comprara.

ART. Entonces, quién?

ANT. Cómo?... Quién?...

ART. Claro!

ANT. (Balbuceando.) La verdad... yo...

MERC. (Tendrià razon Roberto?)

ART. No sabe usted qué decir... Luego eran ciertas mis sospechas... Ya ve usted, señora, que yo no me dejo engañar tan fácilmente; por lo tanto, hemos concluido.

MERC. (Digna hasta el fin de la escena) Debió usted empezar por ahí, y nos hubiéramos ahorrado, usted tanta palabra inútil, yo su presencia, que me enoja!

ART. Ah! Tiene usted tanta belleza como poco corazon! (Tira el ramo á los piés de Mercedes.)

ANT. Miser... (Va á arrojarse sobre Arturo y se contiene.)

MERC. La accion y la frase son dignas la una de la otra, como ambas lo son de usted!

ART. Mercedes...

MERC. Ruego á usted que desde hoy olvide mi nombre, que en su boca es para mí un insulto!

ART. Como usted quiera! (Al marcharse.) (Qué tal?... Si me descuido, eh?. . Cuando digo que á mí nadie me la pega...) Abur!

ESCENA XIII.

MERCEDES.—ANTONIO.

MERC. Puesto que compró usted ese ramo para mí, démele usted al ménos. (Coge el ramo y se lo dá á Mercedes.)

ANT. Ah! Gracias... Mercedes.

MERC. (Desdichado!) (Vase.)

ESCENA XIV.

ANTONIO, solo.

Vivir así! Verla, hablarla... No, no, mejor... sí, mil veces mejor es no verla más. Pero alejarme de su lado para siempre, sin haberla abrazado una vez siquiera... sin haberla oido decir una vez tan solo esa palabra que me haria olvidar tantos años de pesar! Imposible! Estréchenla una vez no más mis cansados brazos, y luego... luego me iré para siempre!

ESCENA XV.

ANTONIO.—ROBERTO, por el foro.

ROB. Dentro de un instante vendrá Ramirez... pero, qué veo?

ANT. Eh!... Ah! Es usted?

ROB. Está usted llorando?

ANT. Quizá me crea usted loco porque me vé llorar.

ROB. Pero qué tiene usted?

ANT. A usted puedo decírselo... Usted es bueno, honrado... sí... Usted me comprenderá.

ROB. Diga usted.

ANT. Cuando lo sepa usted todo, comprenderá que no puedo marcharme sin estrechar á Mercedes entre mis brazos. Usted me ayudará á buscar un medio de lograrlo, sin que ella pueda sospechar nada... y despues... si es preciso... me alejaré para siempre de su lado.

ROB. Hable usted!

ANT. Mi historia es muy corta; hace veinte años, tenia yo en Madrid una modesta tienda de tallista y grabador. Trabajaba mucho, pero mis negocios no iban mal y ganaba algun dinero. Un dia conocí á una muchacha de extremada belleza, vivia con su padre, hombre de malas costumbres, que la hacia muy desgraciada. Caséme con ella, y durante tres años fuí el más feliz de los hombres. La dicha, como la fortuna, es veleidosa; pronto se cansó de ser mi constante compañera. La desgracia y la infamia penetraron en mi casa, destruyendo á la vez honor, familia y hogar. Un íntimo amigo mio, obrero como yo, dejóme en depósito una cantidad, fruto de sus ahorros y trabajos. Esta cantidad me fué robada. Por quién? No lo sé. Cómo? Tampoco. Al descubrir el robo, quedéme helado de espanto. Si el depósito me era reclamado, cómo pagarlo? Trabajé, trabajé mucho, tanto que empezó á quebrantarse mi salud.

ROB. Infeliz!

ANT. En mi casa fué preciso vivir en la pobreza. Todo gasto me parecia excesivo. Mi pobre hija tenia hambre, yo estaba muy enfermo, y sin embargo trabajaba, trabajaba con nuevo ardor cada dia. Dios no tuvo piedad de mí, no tuvo misericordia de mi hija. Presentóse mi amigo, reclamó su dinero, me fué imposible devolverlo. Yo nada negué, afirmé por el contrario haber recibido el depósito, añadiendo que me fué villanamente robado. Mi amigo quedaba reducido á la miseria. La ira, siempre mala consejera, le indujo á ofenderme cruelmente, sentí en mi rostro su mano, y al poco tiempo un hombre bañado

en su sangre, estaba á mis piés caido. La ley se apoderó de mí. Gravemente herido aquel desgraciado, pudo sin embargo declarar. Nada negué y fuí condenado á presidio.

ROB. Qué horrible desgracia!

ANT. Horrible, sí, porque yo soy inocente. Se lo juro por la dicha de mi hija.

ROB. Le creo á usted, Antonio; le creo.

ANT. Aun me quedaba mucho que padecer. Cumplí mi condena. Corrí en busca de mi mujer, de mi hija. No las hallé. Acosadas por la aversion pública, salieron de Madrid; mendigando, hallaron algun sustento, hasta que una enfermedad mortal me privó de aquel ángel que al morir dejaba á su hija tan sola en el mundo.

ROB. Vamos, Antonio, valor.

ANT. Tiene usted razon. Ahora lo necesito. Mi esposa, á punto de muerte, me escribió una carta que pudo llegar hasta mí por la policía. En ella me hablaba de nuestra hija. Fácilmente podrás reconocerla si conservas un recuerdo mio. Es mi retrato cuando yo tenia su edad, la misma estatura, la misma fisonomía, la misma voz. Al leer esto, lancé un grito. Mi hija vivia. Podia encontrarla! Qué me importaba lo demás?

ROB. (Pobre padre!)

ANT. Desde aquel dia todo lo abandoné para correr en su busca. En las calles y las plazas, en el pórtico de los teatros, á la puerta de los bailes, atropellado por los carruajes en los paseos... No pasaba una mujer que yo no mirase... Un dia oí una voz... era la voz de Margarita, de mi esposa... Observo de dónde partia... y ví en un rostro de diez y ocho años la belleza de Margarita. Mercedes era el nombre mi hija. Mercedes, dijo uno... Era, era ella, la hija de mi alma!

ROB. Era ella?

ANT. Sí, y desde entonces no he dejado de verla ni un solo dia.

ROB. Y cómo no se arrojó usted en sus brazos? Cómo no le dijo quién era?

ANT. No... no.

ROB. Por qué?

ANT. Hace quince años que no la llamo hija mia. No ha pronunciado nunca el nombre de padre, y no quiero que lo pronuncie hoy, hoy que puede ser causa de vergüenza.

ROB. Antonio, eso no puede ser, no debe ser. Usted es inocente. Dios lo sabe. Mercedes lo creerá.

ANT. Y aunque así sea, he de condenarla á vivir conmigo? Con un...

ROB. Con un hombre honrado, con su padre, que tanto necesita en su vejez del amor de su hija.

ANT. Eso es imposible.

ROB. Eso es posible. Así lo manda Dios. Pero si no me engaño, usted desea, ante todo, estrecharla contra su corazon sin que ella pueda sospechar...

ANT. Sí.

ROB. Veremos.

ESCENA XVI.

DICHOS.—SANTIAGO.

SANT. Señor, acaban de traer esta epístola.

ROB. Hola! has parecido ya?

SANT. El señor habrá de dispensarme. Ruperta me esperaba... ya se lo puse de manifiesto al copiador.

ROB. (Abriendo la carta.) Es de Ramirez... Veamos.

SANT. Sentiria haberme indispuesto con el señor... Pero quién puede resistir los impulsos de un corazon apasionado?... Ah! Quién es capaz?

ROB. Bueno, vete.

SANT. Bien, señor. (Mutis foro.)

ESCENA XVII.

ANTONIO.—ROBERTO.

ROB. Qué contratiempo! (Lee la carta.) «Mi querido autor: dispénseme usted que no pueda ir á su

casa, como hubiera deseado, pero una razon que no puedo calificar de mayor, porque apenas tiene diez y siete años, me impide...» Fátuo!... Imposible ensayar! Mas, ah! Qué idea! No dijo usted antes que sabia de memoria la escena en que el padre encuentra á su hija?

ANT. Sí, señor!

ROB. Magnífico... Ese abrazo que desea usted dar á su hija...

ANT. Y bien?

ROB. Va usted á conseguirlo!

ANT. Ah!... Cuándo?

ROB. Dentro de un instante.

ANT. Y sin que sospeche? ..

ROB. Ni una palabra. . Ella... (Viéndola salir.) Silencio!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—MERCEDES.

MERC. Y Ramirez, no ha venido aun?

ROB. Acaba de escribirme que le es de todo punto imposible.

MERC. Entonces no podemos ensayar.

ROB. Por qué no?

MERC. Ah!... Va usted á hacer su papel?

ROB. No tal! Yo necesito ver el efecto.

MERC. Entonces... (Viendo á Antonio.)

ROB. Le he suplicado yo que se quede... precisamente sabe de memoria la escena que hemos de ensayar.

ANT. (Ah! Ya comprendo!)

MERC. Cómo? .. Sabe usted?

ANT. Sí, señora... al copiarla...

MERC. Qué buena memoria!... No se parece á la mia, no!

ROB. Si no tiene usted inconveniente, puede usted ensayarla con él.

ANT. (Aparte á Roberto.) Ah! Gracias!

MERC. Con este caballero?

ANT. No quiere usted?

MERC. Por qué no?... (No deja de ser original!)

ANT. (Aparte á Roberto.) Gracias!

ROB. (Aparte á Antonio) Reprímase usted!

MERC. Empezamos?

ANT. Empecemos!

MERC. Desde el monólogo de la dama?

ROB. No, no es necesario. Lo dice usted muy bien. Lo importante es la escena con el padre, que no tiene explicacion posible, sino en el corazon de la actriz. Siéntala usted y todo se lo encontrará hecho. No olvide usted, ni un momento, la situacion del personaje que representa. Su madre murió en cruel tormento, salvando con su silencio la vida de su esposo.—Nada sabe de su padre —Perseguido éste como revoltoso en las alteraciones de Aragon, créele muerto tambien. La escena no requiere más que sentimiento, mucho sentimiento; no ménos vehemencia, y usted dirá la frase... que ahora le hace reir. Vamos: entra Nicolás con la espada en la mano. Acaba de matar á un hombre. Esta es su venganza. Juró matar al hombre que atentó contra su honra y asesinó á su mujer.—Ruido de espadas.—Ah! empezaremos donde dice Julia, dos dias hace. Vamos á ver, Mercedes. (Representan.)

JULIA. (Mercedes.) Dos dias hace que estais en esta posada: dos hace que os conozco: dos que os amo.

NICOLAS. (Antonio.) Gracias, Julia!

JULIA. (Mercedes.) Debeis haber padecido mucho. Debeis haber sido muy infeliz.

NICOLAS. (Antonio.) Mucho, Mercedes, mucho.

ROB. (Interrumpiendo.) Julia, no Mercedes.

ANT. (Debe manifestar el actor claramente que ha hecho suya la situacion fingida que representan, y expresar el asombro que la frase de Roberto le causa volviéndole á la realidad.) Ah! Perdone usted, señorita... la falta de costumbre...

MERC. No importa. Adelante. (Representan.)

JULIA. (Mercedes.) Hoy cumplísteis vuestra venganza: habeis matado á un hombre: habeis privado á

una mujer de su esposo, á unos hijos de su padre, y sin embargo, habeis visto correr su sangre con insensato deleite. Ah! No os quiero así.

ROB. (Interrumpiendo.) Bien, Mercedes, muy bien.

NICOLAS. Julia, no hableis así, hija mia. Mi pecho siempre fué noble y generoso. Pero un hombre atentó contrá mi honor, destruyó mi familia, asesinó cruelmente á mi esposa. Por él púsose precio á mi cabeza. Fuí perseguido como fiera; sin poder defender mi honra, sin socorrer á mi esposa moribunda, sin amparar á mi desgraciada hija. A ver, Julia, dime si es bastante aún toda la sangre de aquel malvado.

ROB. Ah! Dolorosa sorpresa.

JULIA. Jesús, Dios de mi vida.

NICOLAS. Qué es eso, Julia?

JULIA. Vírgen santísima.

NICOLAS. Julia!

JULIA. Nicolás. Vuestra hija?

NICOLAS. Murió sin duda. Hija de mis entrañas! (Grandes sollozos.)

JULIA. Y vuestra esposa?

NICOLAS. Murió encerrada en un calabozo de la Inquisicion.

JULIA. Ah! Sí.

ROBERTO. Mucha rapidez.

NICOLAS. Sí.

JULIA. Oid: mi santa madre fué acusada de hereje...

NICOLAS. Qué! (Como queriendo admirarse.)

JULIA. Por un infame...

NICOLAS. Sigue...

JULIA. Que no logrando vencer su virtud ..

NICOLAS. Qué es esto?

JULIA. Hízola morir en espantosos tormentos...

NICOLAS. Sigue.

JULIA. Yo la ví morir...

NICOLAS. Sigue.

JULIA. Encerrada con ella. Ví sus miembros destrozados en el tormento. Oí sus últimas palabras... me dió su bendicion...

NICOLAS. Sigue.

JULIA. Apenas contaba cinco años.

NICOLAS. Jesucristo!

JULIA. Cuando salí de aquella cárcel, huérfana y con un nombre maldito...

NICOLAS. Y tu padre?

JULIA. Mi padre?...

NICOLAS. Dónde está?

JULIA. Peleó en defensa de los fueros de Aragon.

NICOLAS. Ah! Dios mio! Hoy... Mi razon se pierde. Has querido tú que hoy...

ROB. Mucha vehemencia, por Dios!

JULIA. Hoy hace once años que murió mi madre.

NICOLAS. Hoy hace once años que murió tu madre, hoy me vuelve Dios á mi hija.

JULIA. Qué...

NICOLAS. Tu madre se llamaba Berta Urgel.

JULIA. Ah!

NICOLAS. Hija de mi alma!

JULIA. Padre... ah! ah! (Carcajada.)

ROB. Caramba!... Qué le sucede á usted, por qué se rie?... (Es mucha necedad...)

MERC. No me he de reir, si me está usted mirando con unos ojos... já!... já!... já!...

ANT. Qué tormento!

ROB. Pues estamos frescos!

MERC. Ahora me recuerda usted á Rigolet en Adriana... Estamos frescos... já!... já!... já!...

ANT. Hija mia!

ROB. (Esta mujer es capaz de desesperar...) Vamos, Merceditas, quiere usted que lo digamos otra vez desde ¡ah! Dios mio... Hoy...

MERC. Como usted quiera... Pero no me mire usted porque entonces la risa...

ROB. No, no, me volveré de espaldas. Vamos, Antonio.

ANT. Vamos. (Representan.)

NICOLAS. Ah! Dios mio... Hoy... Mi razon se pierde... Has querido tú que hoy...

JULIA. Hoy hace once años que murió mi madre.

NICOLAS. Hoy hace once años que murió tu madre... hoy me vuelve Dios á mi hija.

JULIA. Qué!

NICOLAS. Tu madre se llamaba Berta Urgel.

JULIA. Ah!

NICOLAS. Hija de mi alma!

JULIA. Pa... Vamos, es imposible. (Vuelve Mercedes á reir.)

ROB. Mercedes, se está usted burlando de mí.

ANT. Ah! (No importa.) Ella lo dirá. Escucha, Mercedes. Contabas apenas cinco años. Te acuerdas...

MERC. De qué? (Sorpresa.)

ANT. Te acuerdas de una casa, en la cual vivias con un hombre jóven aún, que te adoraba con toda su alma, que contínuamente te estrechaba entre sus brazos, llamándote hija mia?

MERC. Qué dice usted? (Asombro.)

ANT. Te acuerdas? Mercedes, este hombre, que tanto te adoraba, tenia siempre por tí cuidados infinitos; y qué mucho, si eras la vida de su vida?

MERC. Siga usted.

ROB. Qué está usted haciendo?

MERC. Siga usted.

ROB. Vamos á ensayar. (Interponiéndose.)

MERC. Antonio, ese hombre?

ANT. Recuerda, hija mia, recuerda. Aquel hombre era grabador.—Un dia te acercaste á la mesa en que trabajaba.—Recuerda.—Te pusiste á jugar con los buriles que sobre ella habia.—Hija mia, deja eso.—Dijo él.—Diste un grito; te habias cortado con uno de ellos.—Pobre Mercedes.—Recuerda.—Cuánta sangre vertias, cuántas lágrimas vertian los ojos de aquel hombre. Cuánto dolor te causaba aquella herida; cuánto dolor sentia el corazon de aquel hombre.

ROB. Pero va usted á decirle...

ANT. Sí...

ROB. Ahora no puede ser.

MERC. Aquel hombre era mi...

ANT. Aquel hombre...

MERC. Era mi padre.

ANT. Era tu padre, sí.—De pronto dejaste de verle.—Recuerda, hija mia; recuerda el beso de despedida que te dió; beso que sin dejar huella en tu cara debió dejarla en tu corazon.

MERC. Sí... sí.

ANT. Unos hombres vinieron á buscarle—con cuánto asombro los mirabas—con qué indiferencia te miraban ellos. Aquellos hombres llevaron preso á tu padre.

MERC Ah!

ANT. Preso por ladron.

MERC. Jesucristo!

ROB. (Explosion de sentimiento.) (Antonio!)

ANT. (Lo diré todo.)

MERC. Imposible.

ANT. Sí, imposible, era inocente. Lo juro por la gloria de tu madre.

MERC. Sí, era inocente, lo creo. Si era mi padre, no lo he de creer?

ANT. Créelo, hija mia, créelo.

MERC. Pero despues...

ANT. Vive aún.

MERC. Vive aún y no está en mis brazos?

ANT. Pero tú serás capaz de quererle mucho? Olvidarás que ha sido un presidiario?

MERC. Olvidarlo!—El crímen es el que mancha, la inocencia es siempre pura.

ANT. De veras? Le querrás; respetarás sus canas?

MERC. Respetarlas! Bendecirlas, llenarlas de besos que hagan olvidar sus penas. Dónde está? Llevadme.

ANT. Mercedes!

MERC. Usted. Dios eterno!

ANT. Hija de mi alma!

MERC. Padre mio! Padre de mi corazon! (Pausa.)

ROB. Gracias á Dios que ha dicho usted al fin, padre mio, como él manda.

MERC. Sí, gracias á Dios que ha querido que algun dia pudiera decir padre mio.

FIN.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado,* y de los *Sres. Córdoba y C.ª,* Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja,* calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª,* calle de las Infantas.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de ambas Galerías.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á estas casas editoriales, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.